

LA POESÍA RELIGIOSA DE D. LUIS DE GÓNGORA



# LA POESÍA RELIGIOSA

DE

## D. LUIS DE GÓNGORA

**V**ARIAS han sido las causas que han impedido que los críticos de la literatura española se ocupen de estudiar la poesía religiosa de Don Luís de Góngora. Es la principal de todas, sin duda alguna, la enorme influencia que la manera, o más bien, el estilo, todavía no definido con exactitud, del poeta cordobés, ejerció y sigue ejerciendo en los literatos que han llegado a comprenderle. Esta gran influencia dió lugar a apasionadísimas discusiones, y, todavía, cuando el tema surge a la superficie de la crítica, suele encender los ánimos, atizando vigorosamente el fuego de las pasiones; y se debe al encuentro de don Luís de su verdadero modo de decir, de su peculiar manera de expresar los pensamientos, tan sugerente, tan nueva, tan atrevida y tan apretada de ideas bellas y originales. La palabra gongorismo, inventada para ese estilo, demuestra la gran necesidad que tuvieron los críticos de llamar de alguna manera claramente característica a aquello que se acababa de descubrir y que se apartaba de los moldes hasta entonces conocidos, o por lo menos, si es que pudieran encontrársele algunos precedentes, no habían conseguido éstos el grado de perfección preciso para poder ostentar la singularidad de un nombre. Y, precisamente donde con más diafanidad se presenta ese estilo, es en las poesías profanas de más extensión, llamando, quizá por esta sola causa material, mas la atención de los críticos de la superficie, ligeramente elevados a inmoderadas alturas, demasiado peligrosas por su facilidad en provocar el vértigo.

Es otra causa, también muy digna de tenerse en cuenta, el

carácter privado de nuestro poeta, alegre siempre, contento siempre, satisfecho de la vida, aunque accidentalmente se nos haya presentado como un hombre de ceño duro y de mueca de mal genio. Y ahí está el enorme filón de su obra de alegría, un poco maldiciente, repleto todavía de ideas inexploradas, en donde la carcajada suena de continuo, acompañada de sabrosos y afilados guiños de inteligencia. Los críticos, al leer estas obras, se han reído; y siendo quizá demasiado atrevimiento, no han querido ahondar, por considerar que el tema era demasiado escabroso, o porque esto les permitiría conocer muchas ideas ingeniosas que en la peña familiar de amigos del café le autorizarían de rebuscador original y algo pícaro, máxime cuando contrastaba ese espíritu burlón y atrevido del poeta, con el estado sacerdotal que había abrazado; es otra forma de la vanidad de los eruditos de café o a la violeta, como llamaba Moratín.

Al lado de estas dos causas principales, figuran otras de menos monta, supeditadas todas a la superficialidad conque suelen estudiarse las obras de los poetas, cuando ese estudio no ha de conducir mas que a hacer un Manual de crítica, o cuando de ese estudio no se ha de procurar sacar mas que consecuencias de partido, buenas solo para fundamentar sobre ellas una reputación crítica que sólo brilla por el reflejo del fuego de la discusión o de la disputa.

Divulgada la reprimenda que el obispo Pacheco propinó a Góngora, y divulgada también con ella la ingeniosa y humorística contestación del Racionero de la Catedral de Córdoba, se quiso encontrar en ellas falta de religiosidad en nuestro vate, o por lo menos se le olvidó lo que su espíritu pudiera tener de verdaderamente religioso; claro es que sin causa alguna; pero así sucedió, y así ha seguido sucediendo a pesar de los esfuerzos del canónigo González Francés, que en dos curiosos, eruditos, bondadosos y justicieros folletos consiguió reivindicar la fama de Góngora, tan arbitrariamente equivocada. Y de esos dos folletos, tan solo ha llamado la atención de los críticos la parte de humor y de malicia de Don Luís.

Pero si bien es verdad que del estado sacerdotal del poeta no se ha intentado buscar un ficticio arrepentimiento, también es cierto que se ha olvidado casi en absoluto todo lo que ese estado le podía obligar a la manifestación religiosa. Se han pasado por alto las muchas poesías que Góngora dedicó a expresar sus afectos personales e íntimos por la religión que tan sinceramen-

te profesaba; o, como luego veremos, la que pudiéramos llamar leyenda negra, ha impedido que se fijen, o mejor, que se lean esos poemas tan dulces y delicados con que Góngora, en momentos de recogimiento y contrición, verdad que poco abundantes, cantaba los misterios de la religión cristiana.

Hagamos una visita a estos poemas, aunque sea visita rápida, y tratemos de buscar un poco en el espíritu de este poeta, tan lleno de unción y de fe y tan acertado y rico siempre en sus líricas manifestaciones.

Para mayor claridad en la exposición de este tema, propondré una clasificación de las poesías religiosas, siquiera sea provisional, bien entendido que no incluiré más poemas que aquellos que hoy figuran como seguros de Góngora, autorizados por la última edición de sus obras, debida al eminente hispanista, poco há fallecido, R. Foulché Delbosc; sin perjuicio de hacer luego ciertas observaciones, si fuese preciso, sobre la autenticidad de algunos poemas que en la dicha edición de F. D. figuran con el nombre de atribuidos.

Y atendiendo al asunto de esos poemas genuinos, encuentro que pueden hacerse cuatro grupos perfectamente definidos.

En el primer grupo están los poemas dedicados a los santos.

No son muchos en número, y como carácter general de todos ellos podría señalarse el que casi siempre parecen obras de circunstancias, como hechas de encargo para la celebración de algún aniversario o festividad notable, o enlazados con alguna petición fervorosa para que el santo sirva de intermediario. No es extraño, pues, encontrar en casi todos ellos momentos en los que la inspiración, casi constante en nuestro poeta, falte.

En el dedicado a Santa Teresa, fechado en Trassierra el día 2 de Octubre de 1614 (1) falta, sin duda alguna devoción; no hay unción religiosa, y, cosa algo extraña en Góngora, hasta falta orden en la exposición de las ideas; aprovecha la ocasión para jugar con los vocablos abusando del retruécano y a todas lu-

---

(1) Citaré siempre las obras refiriéndome a la obra «Obras poéticas de Don Luis de Góngora», por R. Foulché Delbosc. New-York. 1921. Tres tomos. Las letras A, B y C representarán respectivamente los tomos I, II y III; el número que le siga, el de la página; y la abreviatura Op., seguida de un número, indicará el poema y el número de orden que le corresponde en la supradicha edición.

En el caso actual: Op. 275.—B. 198, o sea, poema núm. 275, tomo II, página 198.

ces, para el que está acostumbrado a leer y gustar las poesías de este poeta, produce un efecto de cansancio y de aburrimiento.

En Góngora hay que atribuir esta falta de entusiasmo por la Santa de Avila quizá a desconocimiento de las obras que escribió, a falta de lectura, pues es seguro que para un espíritu tan cultivado como el suyo, no podían pasar inadvertidas las excelencias espirituales de uno de los primeros escritores místicos españoles. Quizá mientras estaba en Trassierra, recibió la noticia de la Beatificación de la Santa y queriendo contribuir a la celebración de la fiesta, tomó la pluma y apresuradamente escribió de memoria. La cita que de las obras de la Fundadora hace, demuestra que Don Luís, no tiene preferencias por ninguna, que para él todas eran igual, y no es presumible que no conociera el mérito extraordinario de «Las Moradas» después de haberlas leído aunque fuera con poco detenimiento.

Lo mismo ocurre, poco más o menos con los poemas dedicados a San José (1), San Francisco de Borja (2), San Ignacio (3) y San Ildefonso (4); en ninguno de ellos se completan jamás todos los elementos del poema. Si en el de San José, por ejemplo, aparecen fresca y poderosa la inspiración, y alguna metáfora feliz, se ve que el entusiasmo es nulo porque aquella inspiración o aquella metáfora han aparecido solamente por superabundancia en el espíritu del poeta del elemento imaginativo. A veces falta todo esto, pero la técnica, que en sus manos solo puede ya obedecer, porque está atenazadamente sujeta, responde en algunos magníficos versos que bastan, por sí solos, para casi justificar la lectura del poema, versos llenos de música, de melodía, como aquéllos en que al referirse a la garza, en el poema dedicado a San Francisco de Borja, dice:

33.—Tempestades previendo, suele este ave  
graznar volando al despuntar el día...

pero todos estos momentos son pasajeros, y no bastantes para darnos la impresión de que la obra ha estado dentro del espíritu del poeta mucho tiempo; todo el tiempo que necesite una

(1) Op. 373.—B. 55.

(2) Op. 404.—B. 385.

(3) Op. 218.—B. 329.

(4) Op. 315.—B. 257.

idea estar en gestación para poder salir con el desarrollo debido, el natural, o que si lo ha estado ha sido sin haber podido conseguir acomodarse al medio, ageno, por causas inexplicadas, al asunto inspirador.

Unicamente hay en este grupo una poesía que merece que nos detengamos un poco porque en ella aparecen juntamente las maravillas de técnica que son peculiares a nuestro poeta, la riqueza en imágenes plásticas y la abundancia en pensamientos acertados. Choca un poco esa perfección técnica porque la obra de que se trata es la dedicada a San Hermenegildo (1) que corresponde al año 1590, es decir una de las primeras suyas, aceptando, como en principio he hecho, la cronología de F. D.— Cuando se lee esta poesía queda la sensación de que se trata de un himno, al que si no hubo un músico que lo ilustrara, a lo menos el poeta debió pensar en él. Las cinco estrofas de diez y siete versos de que consta están hechas con arreglo a un patrón musical fijo, en el cual los nueve primeros versos exponen lentamente una idea, como descansando después de cada tercer verso, y luego los siete siguientes trazan algo más rápidamente, pero sin perder la serena majestuosidad de una marcha triunfal, un cuadro, que ha de ser completado, necesariamente, por el último verso de la estrofa, mecánica e idealmente cortado en tres fragmentos incisivos, comprensivos y rotundos.

Pero, aparte esta perfección, de indudable contraste, por lo completa, con los otros poemas antes citados, y aparte también la severa disciplina de que el sacerdote autor, hace en ella gala, hay una cosa sobre la cual no quiero pasar sin llamar la atención; Góngora, el poeta enamorado de Córdoba, es poeta enamorado de Andalucía entera, como a cada paso manifiesta, sobre todo en sus poemas profanos, de alabanza siempre cuando a cosas de nuestra región se refiere, y, yo quiero pensar que casualmente, de vituperio, de sátira o de menosprecio cuando trata de cantar cosas no andaluzas. En esta poesía religiosa no podía manifestarse ese regionalismo nada más que en este primer grupo de poemas dedicados a los Santos. Yo no afirmo que esto lo haya hecho Góngora con propósito deliberado; lo que si veo, con algo de sorpresa y si se me permite, de sorpresa agradable, es que el poema en que menos aparecen las señales de las obras de encargo es este dedicado a San Her-

(1) Op. 77.—A. 123.

menegildo, mártir sevillano, que esta obra es la más perfecta e inspirada de todas las dedicadas a los Santos y que en ella se contiene esta estrofa, no muchas veces igualada por los poetas sevillanos cuando han intentado cantar a su patria.

69. Y tú, ¡oh gran madrel de tus hijos cara,  
 émula de provincias gloriosa,  
 en lo que alumbra el sol, la noche ciega,  
 ciudad más que ninguna populosa,  
 para quien no tan solo España ara,  
 y siembra Francia, más Sicilia siega;  
 no porque el Betis tus campiñas riega.  
 (el Betis río, y Rey tan absoluto  
 que da leyes al mar y no tributo);  
 ni porque ahora escalen su corriente  
 velas del occidente,  
 que, más de joyas que de viento llenas,  
 hacen montes de plata sus arenas;  
 mas por haber tu suelo humedecido  
 la sangre deste hijo sin segundo,  
 en tí siempre ha tenido  
 la fe escudo, honra España, invidia el mundo.

Estrofa, como se ve, en la que Góngora llega a la perfección suma, como luego después ha de llegar muchas veces, casi siempre, no solo en los poemas profanos, sino en los religiosos; y de estos últimos tendremos ocasión de ver, en los grupos sucesivos, muchos ejemplos.

En el segundo grupo de las obras religiosas de Don Luís incluyo todas las dedicadas a la Virgen, que son siete (1) y entre las cuales tampoco encuentro ninguna que choque por la extrema perfección en toda ella. Son casi siempre plegarias, ya para la celebración de una fiesta, ya para impetrar salud para alguno amado por el poeta.

En poemas comprendidos en otro grupo que estudiaré después, se encuentran verdaderos aciertos, felicísimos momentos de inspiración cuando nombra a la madre de Jesús; por esto me extraña que aquí, cuando trata de cantar a la Virgen sola, no haya conseguido ni una vez hacer un poema completo. Solamente en los dedicados a Nuestra Señora de Villaviciosa, por la salud de D. Fr. Diego de Mardones, (2) se observa algo distinto,

(1) Op. 205, A. 309; Op. 206, A. 310; Op. 270, B. 195; Op. 294, B. 226; Op. 310, B. 251; Op. 323, B. 301; Op. 324, B. 302.

(2) Los Op. 205, y Op. 206.



que a mi parecer emana del afecto que el poeta profesaba al Obispo, al cual afecto pudo haber contribuído el que el Obispo quiso mucho a la Iglesia de Córdoba y la dotó y enriqueció con muchas dádivas y memorias. La primera de ellas, una letrilla, tiene un estribillo dulce y musical, y después una estrofa, de irregular métrica, no afecta a ninguna parte de la letrilla, también muy dulce y muy acertada:

Serrana que en el alcor  
de un pastor fuiste servida,  
conservad la vida  
de nuestro pastor.

5. ¿Quién, señora, su favor  
a píos afectos niega?  
¡¡Ah! que os lo pida,  
mas ¡ay! que os lo ruega  
el balido
10. de un ganado agradecido!

- Albergue vuestro el vacío  
de un alcornoque fué rudo.  
¡Tanto de un pastor ya pudo  
el devoto afecto píol
15. Por él y por su cabrío  
renunciastes el poblado  
sin duda que es un callado  
el arco de vuestro amor.  
Serrana que en el alcor
20. de un pastor fuiste servida,  
¡conservad la vida  
de nuestro pastor!

- Si lo pastoral, ya tanto,  
serrana os llevó gallarda,
25. guardad hoy al que nos guarda  
generoso pastor santo.  
Tiempo le conceded cuanto  
le desean sus rebaños;  
que a fe que venza los años
30. del roble más vividor.  
Serrana que en el alcor  
de un pastor fuiste servida;  
¡conservad la vida  
de nuestro pastor!

Como se ve, si algunos tropos agradan por su acierto, son más bien aquellos que están dedicados al rebaño agradecido que el Obispo tan piadosa y generosamente gobierna. Claro es que este poema, como algunos de los dedicados a los Santos, ya citados, pudieran tenerse por obras maestras si de otro poeta se tratara, pero encontraremos ahora, en los grupos siguientes, algo que nos hará pensar en la pobreza de los que hasta ahora llevamos vistos, y entonces no extrañará el que haya pasado por ellos tan rápido.

En su tercer grupo incluyo los dedicados a cantar al Nacimiento de Cristo. Comenzaré por notar que aquí son mucho más abundantes, en número, los poemas, y que casi todos ellos pertenecen a la última época de la vida de Góngora, pues exceptuando un soneto que pertenece al año 1600 (1), todos los demás son desde el año 1615 en adelante. Pero no quiero con esto decir que el fervor de Góngora haya aparecido con los años; y pienso que Góngora, antes del 1615, está preocupado todavía por las formas cultas de la poesía, y el soneto, la octava real, la estancia, le parecen únicas para la expresión poética de los pensamientos, y como, con su altísimo espíritu crítico, piensa que el asunto del Nacimiento de Cristo tiene una alegría, una comunidad, una universalidad que se compaginan poco con estas estrofas eruditas, prefiere no cantar ese asunto aunque sea para él querido y rico en sugerencias. Véase el soneto, en donde la metáfora del Hijo de Dios brilla felizmente analizada, y en donde hay una perfecta comprensión del alumbramiento redentor.

Perder de un tesoro traspasado el pecho  
y de espinas clavadas ambas sienas,  
dar tus mortales penas en rehenes  
de nuestra gloria bien fué heróico hecho,

5. pero mas fué nacer en tanto estrecho  
donde, para mostrar en nuestros bienes  
adonde bajas y de donde vienes,  
no quiere un portalillo tener techo.

10. No fué esta mas hazaña ¡Oh gran Dios míol,  
del tiempo, por haber la helada ofensa  
vencido, en flaca edad, con pecho fuerte,

(que más fué sudar sangre que haber frío)  
sino porque hay distancia más inmensa  
de Dios a hombre que de hombre a muerte.

(1) Op. 117.—A. 200.

Pero en 1615, cuando ya ha conseguido dominar el idioma con aquella mágica perfección que le ha de poner entre los de la cabeza de nuestros escritores clásicos, cuando ya las comparaciones no tienen para él secretos, porque sabe conseguir con ellas toda clase de irisaciones, toda suerte de resplandores vivos, escoge la forma adecuada para este canto pastoril, la forma más sencilla, más fácil, quizá más española porque al oído español vivo e inquieto le cuesta trabajo mantener, en la honda alma del pueblo, el metro largo, majestuoso, rico en musicalidad interior del endecasílabo.

En este año de 1615 deben celebrarse seguramente grandes fiestas en Córdoba con motivo del Nacimiento de Cristo. Es posible que el Obispo Fr. Diego de Mardones dispusiera que estas fiestas se celebraran con gran brillantez, y de ello tal vez se hace eco Góngora dedicándole uno de estos poemas pastoriles (1). Como todos los correspondientes a este año y quizá como todos los que dedica a este mismo asunto, debió ser escrito pensando en que se cantaría en la noche del Nacimiento. No es probable que los hiciera pensando en una música ya conocida, pues todos ellos se presentan con diferente melodía, con gran variedad métrica; a no ser que fueran vulgares y conocidas diversas tonadas; yo creo como más seguro que algún otro canónico amigo suyo debió completar esos poemas; sino es que, el mismo poeta, músico también, escribió esos cantares; quizá esto último, que parece así muy aventurado, sea lo más cierto, pues como el oído de don Luís era delicadísimo, y su alma impresionable para los más sutiles matices sonoros, está probado a cada paso, porque sin ello no hubiera podido obtener nunca la acertadísima perfección de sus versos, si no es que nos fijamos en que algunas veces, cuando está despacio, también suele cantar en su bandurria

lo que en mas grave instrumento  
cantara, mas no me escuchan (2).

En este poema dedicado al Obispo interviene un *coro*, que no parece ha de presentarse aquí caprichosamente, sobre todo viendo que su intervención no es mas que para completar el eco del diálogo.

(1) Op. 306.—B. 243.

(2) Op. 21.—A. 32.

Véase la primera estrofa de este poema y fijémonos principalmente en la dulzura de los cuatros primeros versos.

Niño, si por lo que tienes  
de cordero, tus favores  
sienten antes los pastores  
que el mundo todo a quien vienes,  
el pastor que de sus bienes  
liberal,  
rico, sino tu portal  
ha hecho tu templo santo,  
viva cuanto  
las piedras que ya dotó.  
Esto, Niño, pido yo.  
¡Y yo también!

*Coro.*—Y todos. Amén, amén.

Debieron sin duda alguna organizarse estas fiestas de modo que en la adoración en el Portal de Belén intervinieran personas de todas categorías. Y el acierto más grande de Góngora se debe a que en todo momento sabe ponerse a tono con los personajes que en sus cuadritos representan. Y la multiforme inspiración del poeta siente la impersonal inspiración con el ruido de las campanas de Jerusalén y Belén, que le parece música de gloria (1), llegando a sentir el verdadero transporte, el dulcísimo éxtasis que le hace olvidar ese ruido de las campanas, con la misma unción religiosa y llena de fe con que Fray Luís de León se sentía transportado al cielo después de oír la delicada música del ciego Salinas, que le hacía olvidar que estaba en el mundo; con la misma perfecta composición filosófica con que Platón había imaginado lo mismo, paganamente, en su República; y ve el beneficio del Nacimiento de Cristo, con felicísima metáfora cuando dice: (2)

La paz del mundo escogido  
en aquel ya leño grave,  
que al hombre, a la fiera, al ave,  
casa fué, caverna y nido  
hoy, pastor, se ha establecido  
tanto, que en cualquier otero,  
retozar libre el cordero  
y manso el lobo, se ven.

(1) Op. 300.—B. 229.

(2) Op. 302.—B. 235.

Ven al Portal, Mingo, ven.  
seguro el ganado dejas,  
que aun entre el lobo y ovejas  
nació la paz en Betlen.

Y acierta en la ingenuidad de los cuadros de negros (1), tan dulcemente ingénua en el reconocimiento de su poquedad, tan intensamente acertada en esa tristeza supuesta a los pobres negros que acaso vivían en España convencidos de su inferioridad, tan infantilmente alegre por el brillo de las fiestas, y tan extrañada de que el objeto de aquellas fiestas, la rosa de Jericó, María, se dirija a ellos tan dulce y llanamente, tan amorosa, y les diga que entren en el portal, haciendo contrastar delicadamente este afecto con el menosprecio que ellos creen ser objeto, no sólo por parte de los hombres, sino hasta de los animales (2).

31. Someme, e véndome a rosa  
de Jericongo, María,  
—¡Entral—dijo—prima mía  
que negra sos, ma hermosa.  
—¿Entraste?  
—Si, e maliciosa  
a mula un coz me tiró.  
—¡Caya, que no fu coz, no!  
—Pos ¿qué fú?  
—Invidia, morena.  
—¡Oh que vimo, Mangalena!  
¡Oh que vimo!  
¿Dónde, primo?  
—Na portalo de Belena.



En estos cuadros de negros es donde la música parece de más apremiante necesidad por mezclarse en ella muchos monosílabos expresivos de la risa y de la alegría, fonéticamente chocantes por la imperfección con que los negros poseen el idioma castellano, y por la mezcla que con él hacen de su idioma propio o de las palabras de alegría y de algazara con que ellos celebrarían primitivamente sus fiestas.

Asoma también, como no podía menos, la nota satírica en el cuadro del portugués (3) con pizcas de sainete; obra de entretenimiento y en el que la risa está provocada por la sátira.

(2) Op. 308.—B. 246., y Op. 305.—B. 242.

(1) Op. 308.—B. 246.

(3) Op. 303.—B. 236.

20. Deos nacen en Portugal,  
e da mula do Portal  
procedem os machos romos  
que tem os Frades Geromos  
no mosteiro de Belén.

Hasta en las más conceptuosas o más frías (1) aparece siempre el rasgo fino y delicado, la metáfora acertada o la profunda religiosidad del poeta.

Pero entre las obras de este año en la que parece que la inspiración ha brotado mas fácilmente, es en el precioso diálogo entre Gil y Carillo (2), lleno de gracia y donosura, de alegría y de místico recogimiento a la vez. La voz de los niños parecen surgir entre el canto de los pastores, recordadas por Carillo, el dulce *olor piadoso*, el hermoso contraste entre el Clavel y el heno, el no querer pisar el suelo por no estropear las flores que nacen para celebrar el nacimiento de ese clavel; y la íntima satisfacción, la hondísima fe con que desde ahora se ve ya libre de pecado, sintiéndose ajenos de ellos mismos...

Leamos esta poesía llena de encantadora ternura.

- GIL. No solo el campo nevado  
yerba producir se atreve  
a mi ganado,  
pero aun es fiel la nieve  
a las flores que da el prado.
5. CARILLO. ¿De qué estás, Gil, admirado,  
si hoy nació  
Cuanto se nos prometió?  
¿Qué Carillo?
10. CARILLO. Toma, toma el caramillo,  
y ven cantando tras mí:  
Por aquí, mas ¡ay! por aquí  
nace el cardenico alhelí.
15. GIL. Ve, Carillo, poco, a poco;  
mira que  
ahora pisó tu pié  
un Narciso, aquí más loco  
que en la fuente.
20. CARILLO. Tente por tu vida, tente,  
y mira con cuanta risa  
el blanco lilio en camisa  
se está burlando del yelo.

(1) Op. 304.—B. 241; Op. 307.—B. 245.

(2) Op. 305.—B. 231.

- GIL. ¡Lástima es pisar el suelo!  
CARILLO. Písalo, más como yo  
25. quedítico.  
Pisaré yo el polvico  
menudico;  
pisaré yo el polvó  
y el prado nó.
30. GIL. ¿Oyes voces?  
CARILLO. Voces oyo,  
y aun parecen de gitanos;  
bien hayan los avellanos  
deste arroyo,  
que hurtado nos los han.
35. GIL. Al niño buscando ván  
pues que van cantando dél  
con tal coro:  
«Tamaraz, que zon miel y oro,  
40. Tamaraz, que zon oro y miel.  
A voz el cachopinito,  
cara de roza;  
la palma oz guarde, hermosa  
del Egitto,  
Tamaraz, que zon miel y oro.  
45. Tamaraz, que zon oro y miel.»
- CARILLO. ¡Qué bien suena el cascabell  
GIL. Grullas no siguen su coro  
con más orden que esta grey.
- CARILLO. Cántenle endechas al buey,  
50. y a la mula otro que tal,  
si ellos entran al portal.
- GIL. Halcones cuatrerros son  
en procesión.
- CARILLO. Ya las retamas se ven  
55. del portal entre esos tejos.  
Míroos desde lejos,  
portal de Belén;  
míroos desde lejos,  
parécenme bien.
60. GIL. Brasildo llega también  
con todos sus zagalejos.  
CARILLO. ¡Oh qué entrada  
tan sonora, tan bailada  
se puede hacer!
- GIL. ¡Oh qué ageno  
65. me siento de mí, y qué lleno  
de oírol Tocad el rabel.  
¿Qué diremos del clavel  
que nos da el heno?  
¡Mucho hay que digamos dél.

70.            ¡Mucho y buenol  
 Diremos que es blanco y que  
 lo que tiene de encarnado  
 será más disciplinado  
 que ninguno otro lo fué;
75.            que de las hojas al pié  
 huele a clavos, y que luego  
 que un leño se arrima al fuego  
                  de su amor  
 agua nos dará de olor
80.            piadoso hierro cruel.  
 ¿Qué diremos del clavel  
 que nos da el heno?  
 ¡Mucho hay que digamos déll  
 ¡Mucho y buenol

Es posible que este año fuera el primero que Góngora es dicitiera a escribir sobre la Festividad del Nacimiento de Cristo; y muy posible también que en los años sucesivos, o se volvieran a cantar las mismas coplas o representar los mismos coros, pues desde aquí en adelante solo tenemos de Góngora poesías que casi pueden considerarse como accidentales, no por lo que se refiere a la inspiración, que ésta, como ya veremos, aparece en algunos con tanta o mayor brillantez que nunca, sino por el contraste que existe entre la abundante producción del 1616 y la de los años siguientes. Si no es que admitimos la hipótesis de que en el Archivo de la Catedral existan poemas inéditos, no buscados todavía porque las circunstancias no hayan guiado todavía a la paciencia de un investigador por este camino.

En el año 1618 figura un poema no de mucha inspiración, quizá hecho a instigaciones de algún amigo, en el cual (1) aparece por primera vez con claridad una alusión a la pasión. Es algo descriptivo y todo él desarrolla la metáfora que está contenida en estos preciosos cuatro primeros versos:

El racimo que ofreció  
 la tierra ya prometida,  
 esta noche esclarecida  
 en agraz he visto yo.

Pero si no tiene la lozanía, la originalidad, la brillantez a que Góngora nos tiene acostumbrados, este poema, en cambio otro

(1) Op. 321.—B. 284.



que corresponde al 1619 (1) es de una delicadeza extraordinaria. La fe de Góngora aparece dulcemente en medio de palabras repetidas, de versos duplicados, que quieren recordar el ritmo del corazón cuando está intensamente emocionado por algo que, ocupándolo totalmente, no cabe acaso en la estrechez del corazón. Sus metáforas atrevidas nos hacen pensar en que si el poeta ha echado mano de ellas, es porque no ve la manera de expresar todo lo que su alma siente ante la magnificencia del misterio.

10. Una voz dieron los cielos  
que era luz aunque era voz...

Esta voz que es luz, aunque es voz demuestra esta inquietud por no haber acertado con palabras a decir todo lo que se quiere, como cuando luego después dice que

46. a blando céfiro hice  
de mis ovejas pastor...

¿Puede decirse de una manera más sutil, más preciosa, y al mismo tiempo más simple la libertad con que el pastor olvida su ganado?

Y para todo este canto, lleno de rica armonía todo, el estribillo dulce, repetido, machacante, que parece el eco de unas montañas ideales, de esas montañas que el espíritu fantasea...

4. Yacía la noche, cuando  
5. las doce a mis ojos dió  
el reloj de las estrellas  
que es el más cierto reloj.  
Yacía, digo, la noche  
y en el silencio mayor  
10. una voz dieron los cielos  
¡amor divino!  
que era luz aunque era voz  
¡divino amor!  
¿Quién oyó?  
15. ¿Quién oyó?  
¿Quién ha visto lo que yó?

Algo distinto es el poema de 1620 (2), en el que la nota descriptiva es la más rica, expresando acertadamente el nacimiento

(1) Op. 331.—B. 306.

(2) Op. 352.—B. 330.

y. sobre todo la alegría que sienten los pastores y que manifiestan con silbos y con voces, yendo a todas partes a comunicar su alegría, para luego acercarse al portal y quedar en silencio porque el niño está dormido, y el de 1624 (1) en donde da una interpretación personal a esta alegría y en el cual hay estos magníficos versos que valen por todo un poema:

1. Nace el sol y velo a velo  
deja en cabello a su madre;  
que esto de dorar las cumbres  
es muy del sol cuando nace.

Este mismo Sol que hará florecer los campos mas intensamente que el Sol de verano, aunque ahora, al aparecer, se está en Diciembre como dicen los pastores, con sus dulces estribillos ingenuos, y tan puros, que merecen que los ángeles los acompañen.

Pero terminemos ya los poemas correspondientes a este grupo después de citar como comprendido en él el dedicado a la Adoración de los Reyes (2), y leamos como final este poemita del año 1621 (3) en donde el misticismo llega, a mi parecer, a un grado sumo, en donde el alma de nuestro poeta parece haberse recogido toda en la íntima admiración por el deseado Clavel y por la purísima Aurora, y en el que ha sabido anotar todo el remedio que el Clavel trae para los pecados de los hombres.

Caído se le ha un Clavel  
hoy a la Aurora del seno:  
qué glorioso que está el heno  
porque ha caído sobre él.

5. Cuando el silencio tenía  
todas las cosas del suelo,  
y coronada del hielo  
reínaba la noche fría,  
en medio la monarquía  
10. de tiniebla tan cruel.

Caído se le ha un Clavel  
hoy a la Aurora del seno:  
qué glorioso que está el heno  
porque ha caído sobre él.

(1) Op. 414.—B. 395.

(2) Op. 309.—B. 348.

(3) Op. 374.—B. 356.

15. De un sólo clavel ceñida  
la Virgen, Aurora bella,  
al mundo se le dió, y ella  
quedó cual antes, florida,  
a la púrpura caída
20. sólo fué el heno fiel.  
Caído se le ha un Clavel  
hoy a la Aurora del seno:  
¡qué glorioso que está el heno  
porque ha caído sobre éll
- 
25. El heno, pues, que fué dino  
a pesar de tantas nieves,  
de ver en sus brazos leves  
este rosicler divino,  
para su lecho fué lino,
30. oro para su dosel.  
Caído se le ha un Clavel  
hoy a la Aurora del seno;  
¡Qué glorioso que está el heno  
porque ha caído sobre éll

En el cuarto grupo incluyo los dedicados a la Fiesta del Santísimo Sacramento. Son nueve poemas y exceptuando uno que pertenece al año 1622 (1), de poca inspiración más bien que de falta de unción religiosa, todos los demás pertenecen al año 1609. Quizá se encomendó a Góngora la organización de las Fiestas, o acaso se encontrara en uno de esos momentos de acercamiento a la religión, de deseada purificación; lo cierto es que entonces dedica ocho hermosos poemas a cantar el Santísimo Sacramento, y en todos ellos, cuál mas, cuál menos, pone el gran caudal de su alma ámpliamente expansivo y poderosamente comprensivo. Hay un diálogo de *negras* (2) de mucha unción y muy entonado, con un efectivo realismo que le hace trasladarse casi al espíritu ingénuo de ellas, admiradas de todas las ceremonias, del esplendor de los trajes y de las músicas, de la alta jerarquía del Obispo, pero que le hace decir, cuando Clara, uno de los personajes, teme que no podrán recibir el Sacramento, por ser negras, a Juana, la otra interlocutora

9. La alma, sa como la dente  
clara mana...

(1) Op. 388.—B. 371.

(2) Op. 207.—A. 311.

y otro diálogo, de gitanos (1) en el cual se hecha de ver la absoluta necesidad de la música. Muchos de sus versos no hacen más que el oficio de dar tiempo a que la música desarrolle su melodía; reina en general una ametría, no chocante en la poesía musicada española, que desde sus comienzos, hasta los días actuales, ha huído de la perfecta simetría (2).

Aprovecha también todas las ocasiones para jugar con el vocablo en retruécanos, que, si no son del todo acertados siempre, tienen un sagrado respeto de interpretación o un deseo de explicación para los espíritus poco enterados, que justifican el trabajo de retorcimiento. Tal sucede en el poema «El pan que veis soberano» (3) y en el «¿A qué nos convidas, Blas?» (4), en el cual los doce primeros versos, que parecen constituir el estribillo, son de una fuerza de armonía y dulzura extremas:

- GIL. ¿A qué nos convidas, Blas?  
 BLAS. A un cordero que costó  
 treinta dineros no más,  
 y luego se arrepintió  
 5. quien le vendió.  
 GIL. ¿Bastará a tantos?  
 BLAS. ¡Sí, Gill  
 Y es de modo  
 que le comerá uno todo  
 y no le acabarán mil.  
 10. GIL. ¡Toca, toca el tamboril  
 ¡Suene el cascabel  
 y vamos a comer déll

Pero en donde el alma religiosa de Góngora aparece manifestada con más claridad y más plenamente es en estos otros cuatro poemas dedicados al Santísimo Sacramento. La pura esencia mística de la la unión del alma con Dios está para mí patente en ellos con tanta exactitud como en las obras de San Juan de la Cruz o Santa Teresa. En el poema

«—¿Qué comes, hombre? —¿Qué como?» (5),  
 será necesario quizá hasta prescindir de las palabras para

(1) Op. 210.—A. 317.

(2) Vid. el magnífico estudio del P. Henríquez Ureña. «La Versificación irregular de la poesía castellana.» Madrid, 1920.

(3) Op. 209.—A. 315.

(4) Op. 208.—A. 314.

(5) Op. 211.—A. 318.

leer lo que ha quedado sin escribir después de las pausas obligadas del verso o de la palabra. Las inocentes preguntas del brillantísimo estribillo, dejan ver la candidez de un alma pura, que aguarda las palabras, ungida de una esperanza ciega y pronta a ver realizada su máxima aspiración; alma apasionada por un ideal en el que no ve nada que pueda tener relación con el amor carnal; acertadísimo diálogo en el que Góngora ha conseguido marcar el contraste entre el que espera comer el pan liberador y aún teme porque no ha llegado la realidad a su corazón, y el que ya ha comido de él y se regodea dulcemente con el sabor inexplicable que tiene.

—¿Qué comes, hombre?

—¿Qué como?

Pan de ángeles.

—¿De quién?

—¡De ángeles!

—¿Sabe bien?

—Y ¡cómo!

Góngora siente en estos momentos un profundísimo amor que le aparta quizá de todo lo que en el mundo le atrae; está aislado, en esos momentos de éxtasis, en que más que el hombre, parece hablar otra cosa, otro espíritu distinto al del hombre que ha perdido su humanidad para elevarse a las altas regiones del alma, aquellas altas regiones en donde Platón coloca a los poetas, a los únicos poetas que debieran figurar en la República bien ordenada. Góngora se sale aquí de los dominios humanos, de las cosas que la ciencia puede explicar, porque

17. Deste, pues, divino pan  
cualquier bocado suave  
encender los pechos sabe  
que más helados están.

Aquí Góngora llega a adecuar su inspiración poderosísima, su imaginación llena de sol y de aire purísimo, con el tema religioso, del que en ocasiones parece no apartado, sino olvidado.

No importa que esta adecuación no sea constante; si lo hubiera sido, ningún místico del mundo podría parangonarse con él; pero esta falta de continuidad no autoriza a que pensemos que en los momentos de arrepentimiento, de contrición o simplemente de alejamiento de los temas profanos, nuestro poeta llegase a percibir la felicidad del éxtasis y a gustar de él hablan-

do como iluminado. La comparación, la metáfora tiene toda la brillantez de los mejores tiempos de Góngora; la persuasión, la demostración siguen lógicamente su camino. Leamos el poema «Oveja perdida ven» (1) y veremos como no es necesario detenernos a pensar nada; todo está ya pensado, todo está puesto en nuestros oídos con el valor adecuado; lo que sentimos es ansiedad; cada palabra que pasa es precisamente la esperada, la justa y sin embargo cada palabra que llega es una sorpresa. por su novedad, por su justeza, por su perfección.

1. Oveja perdida, ven  
sobre mis hombros, que hoy  
no solo tu pastor soy,  
sino tu pasto también.

—

5. Por descubrirte mejor  
cuando balabas perdida,  
dejé en un árbol la vida,  
donde me sobró el amor;  
si prenda quieres mayor  
10. mis obras hoy te la den.  
Oveja perdida, ven  
sobre mis hombros, que hoy  
no sólo tu pastor soy,  
sino tu pasto también.

—

15. Pasto, al fin, hoy tuyo hecho,  
¿Cuál dará mayor asombro,  
o el traerte yo en el hombro  
o el traerme tú en el pecho?  
Prendas son de amor estrecho.  
20. ¡Que aun los más ciegos las ven!  
Oveja perdida, ven  
sobre mis hombros, que hoy  
no solo tu pastor soy  
sino tu pasto también.

¿No ha sido para el alma una sorpresa que nos llena de admiración?

¿Cuál dará mayor asombro?  
o el traerte yo en el hombro  
o el traerme tú en el pecho?

Y sin embargo, esta sorpresa ¿no era la esperada? ¿No pare-

(2) Op. 212.—A. 319.

ce que nuestra alma se goza en repetir estas frases incansablemente, porque son las justas, las justamente exactas?

Pero todavía falta más; falta añiñar el espíritu, llegar a la inocencia infantil, a la voz del niño en el cuerpo del hombre, a la risa alegre y juguetona e intensamente feliz de la criatura, que ignora por qué ha llegado a tanta felicidad (1).

—Alma niña, ¿quieres, di,  
parte de aquel y no poca  
blanco maná que está allí?

—Sí, sí, sí.

5. —¡Cierra los ojos y abre la boca!  
—¡Ay Dios! ¿Qué comí  
que me sabe así?

¿No es la sorpresa de este hombre-niño evocadora de la suprema felicidad del que ha llegado a gozar del éxtasis puro y místico?; este éxtasis que ya se puede interpretar sencillamente con la naturalidad del que camina por terreno seguro, conocido, y sabe ya que sus palabras no pueden expresar más que este dulce arrobamiento espiritual. Y esta tranquila interpretación del alma culmina en este poema de alegría (2).

No son todos rruiseñores  
los que cantan entre las flores,  
sino campanitas de plata  
que tocan al alba,

5. sino trompetas de oro  
que hacen la salva  
a los soles que adoro.

- No todas las voces ledas  
son de sirenas con plumas,  
10. cuyas húmedas espumas  
son las verdes alamedas.  
Si suspendido te quedas  
a los suaves clamores,  
no son todos rruiseñores  
15. los que cantan entre las flores,  
sino campanitas de plata  
que tocan al alba,  
sino trompeticas de oro  
que hacen la salva  
20. a los soles que adoro.

(1) Op. 213.—A. 320.

(2) Op. 214.—A. 321.

- Lo artificioso que admira  
 y lo dulce que consuela  
 no es de aquel violín que vuela  
 ni es de esotra inquieta lira;
25. otro instrumento es quien tira  
 de los sentidos mejores:  
 no son todos ruiñeños  
 los que cantan entre las flores,  
 sino campanitas de plata
30. que tocan al alba;  
 sino trompeticas de oro  
 que hacen la salva  
 a los soles que adoro.

Como se ve, Góngora ha llegado en estos poemas al más alto grado de religiosidad y de fe; a ese mismo grado a que llegaron los mejores místicos españoles, cuando se independizan del mundo de tal manera que sólo cantan traduciendo sus visiones estáticas; pero Góngora, el culterano, el estrambótico, el incomprendible traduce entonces con la claridad del alma popular, ese alma ingénua y sencilla, instintivamente vidente que constituye, para mí, el ideal de toda su vida.

JOSÉ MANUEL CAMACHO PADILLA.

Córdoba, Mayo 1927.

